

# EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 31 DE DICIEMBRE DE 1933

NÚMERO 53

## BETLEHEM



### Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro

#### (Conclusión)

Un día claro de octubre resplandecía sobre la Prusia oriental. El nuevo Matteneck ya tenía otro aspecto que hace cuatro meses. El techo de paja estaba completo, las ventanas estaban limpias y brillantes, las vigas lucían con nuevos colores. La brocha y los pinceles de Quiterio habían hecho verdaderos milagros. Las cuadras y el pajar estaban levantados, en el establo mugían vacas y el pajar estaba lleno de oloroso heno.

La señora Ursula venía de ordeñar. Orgullosa mostraba los cubos llenos al labrador que descansaba un momento en el poyo delante de la casa.

—La verdad, Ursula, las vacas son de buena casta; pero los prados del Gilge tampoco son malos. ¿No te parece que pongamos aparte un cubo de leche? Me han dicho que mañana llegarán emigrantes al cortijo abandonado en dirección a Ragnit, a la salida del bosque. ¿Lo querías llevar? A lo me-

¡jor tienes algo en la cocina que pudiera agradar a los vecinos.

Ursula estaba muy conforme. Con la ayuda de Brigida llenó un cesto de cosas buenas y a la mañana siguiente, acompañado de Quiterio se encaminó temprano al cortijo abandonado, atravesando el bosque. Sus pensamientos estaban en su lejana patria.

—Dicen que es el Lampelberg con su familia el que viene a ocupar el cortijo, Quiterio, casi era vecino. Seguramente habrá tenido que ir a Allmenbihl para recoger el pasaporte, y el escribanillo, que extiende los pases, siempre se sienta en el zaguán de la casa rectoral. ¿No te parece, Quiterio, que pueden haber visto a Rosita; no te parece que podrían traernos recuerdos de la niña querida?

—No te hagas demasiadas ilusiones—replicó Quiterio pausadamente—; quién sabe, cómo estará aquélla y los cambios que habrá habido. En fin, ya pronto lo sabremos.

Al salir del bosque, el cortijo se presentó vacío y desierto, los nuevos inquilinos aun no habían llegado.

—Descansaremos un poquito—dijo la labradora—, a lo mejor vienen pronto. Descargaron las cosas que llevaban y se sentaron en un banco deshecho a la puerta de la casa. Después de descansar un rato, vieron que unos carros se acercaban dando la vuelta al bosque. Quiterio se levantó, saludó con el sombrero y gritó:

—Bienvenido seas, Lampelberger, en tu nueva morada.

Saludos y exclamaciones de sorpresa se oían desde el carro y de repente sonó un grito infantil:

—¡Quiterio, mamá, mamá!

No pudo mover los pies la señora Ursula, blanca como la pared se quedó sentada en el banco y le temblaba todo el cuerpo. Pero cuando pararon los carros y saltó abajo una mocita, tan cambiada y, ay, tan conocida, extendió los brazos y apretó a Ro-

sita contra su pecho, mientras ésta reía y lloraba a la vez, exclamando una vez y otra:

—¡Ya estoy aquí mamá; ya estoy aquí!

Hubo una de risas, de preguntas y respuestas, de besos y de abrazos que no hay pluma que lo pueda describir. Cuando, por fin, volvieron al nuevo Matteneck, se repitieron las escenas de alegría al ver otra vez a su padre y a Brigida. Pero todo lo mucho que le había acontecido durante el largo verano, eso Rosita sólo lo pudo referir poco a poco. Cómo había estado acurrucada debajo del arco del puente, medio metida en el agua, mientras los ginetes enviados por el padre Ignacio examinaban el carro de Lampelberger; cómo su hijo, José, vino a buscarla en la negra oscuridad de la noche y cómo los dos niños habían llegado felizmente a atravesar la frontera de Baviera y a reunirse con sus padres.

—Nunca se lo podréis agradecer bastante—dijo la niña—, han expuesto por mí su cuerpo y su vida.

Pero lo que más le gustaba era contar de los días de descanso en la bella ciudad de Berlín.

—Que lo creáis, o que no lo creáis—dijo Rosita llena de orgullo—, allí he visto al rey. Delante del palacio todos los de Salzburgo, que con nosotros vinieron a su ciudad, tuvieron que colocarse en fila. Los niños estábamos en primera fila, porque éramos todos pequeños, y también queríamos ver algo. Entonces salió el rey. No llevaba una corona, ni tampoco un manto de raso bordado de pieles, vestía como uno de sus oficiales, tenía la cara roja y una buena tripa. A los hombres les hablaba con decisión y amabilidad, como tú, papá, hablas con los criados en la siega; preguntaba por su estado y oficio y por sus hijos. También habló con Lampelberger, y éste quiso hablar de mí. Pero entonces me adelanté y dije: "Señor rey, ¿me permite que hable yo?" Entonces creo que se extrañó algo; pero pre-

so unos ojos muy amables y, diciendo sí con la cabeza, dijo:

—Pues habla.

—Entonces yo, ni corta ni perezosa, le conté todo, que era la hija menor de Mattenecker, que me habían separado de vosotros y que nuestro buen cura me había recibido en su casa. Pero eso lo sabrá el señor rey, que un niño tiene que estar con sus padres, y aquí estoy y deseo preguntar al rey dónde ha puesto a mi padre en la tierra de Prusia. Entonces el rey se ha reído.

—Mocita—me dijo—, tú deberías ser un muchacho, tienes valor para dos, sabes lo que quieres y vas derecho al grano, uno así me valdría bien para ser uno de mis soldados.

Después ha hablado con sus señores, para que se enteraran, dónde estáis ahora; porque todo tampoco lo sabrá un rey. Me ha deseado que llegue a casa bien, y yo le he dado muchas gracias y le he deseado la bendición de Dios.

Estaba poniéndose el sol, mientras la niña contaba, sentada entre sus padres en el poyo de la casa, ambos la tenían cogida de sus manecitas, Brígida estaba de pie a su lado, pues también quería enterarse de esas cosas extrañas. Quiterio estaba reclinado

contra un árbol enfrente. Cuando ella hubo terminado, dijo:

—Padre, queríais pensar sobre el texto que debo poner sobre la puerta de la casa; bien lo podría hacer ahora, antes de que empiecen las heladas.

En ese momento Rosita le interrumpió, llena de júbilo:

—Mirad, mirad, nuestras queridas montañas, si parecen más hermosas todavía.

Detrás del curso del Gilge se extendía un cielo maravilloso, el sol en su ocaso doraba nubes blancas que se elevaban como montañas. Realmente se parecía al rojo de los alpes en la lejana tierra de Salzburgo. José Mattenecker había doblado las manos. Después de un rato, dijo:

—¿El texto, Quiterio? Pon sobre la puerta:

“Alzaré mis ojos a los montes, de donde vendrá mi socorro.

Mi socorro viene del Señor que hizo los cielos y la tierra.”

Y cuando salgamos y entremos por la puerta nos acordaremos, llenos de profunda gratitud, del gran Dios que ha protegido nuestra salida y nuestra entrada, de nuestro querido cura anciano que seguramente ahora en las doradas montañas de la eternidad canta Aleluya, de nuestra amada patria vieja, de la hermosa tierra de Salzburgo.

---

## Tres regios dones

---

### (Conclusión)

Rápido se deslizó entre la muchedumbre y penetró por la estrecha puerta. Por fuera la iglesia parecía oscura, pero dentro todo resplandecía de oro y de piedras preciosas y olía a incienso. Desde la iglesia Yussuf bajó a la pequeña cripta por una escalera oscura. Los extranjeros todos llevaban velas para no caerse. Abajo había una cueva en la que decían que había nacido Jesús.

¿Sería verdad? La gente lo cree, pero nadie puede asegurarlo. Las paredes estaban revestidas de mármol. Cinco candelabros de plata iluminaban el precioso altar y la estrella plateada en el suelo, alrededor de la cual había un letrero con letras brillantes, que decía: “Aquí nació Jesucristo de la virgen María.”

Muchos estaban arrodillados alrededor de esta estrella, pero no vió a los tres hom-

bres que buscaba, acaso ya habrían traído sus dones: oro, incienso y mirra. Yussuf miró al suelo, pero nada vió; no había nada tampoco sobre el altar. En un rincón estaba sentado un viejo sacerdote. Yussuf le preguntó, pero el sacerdote le miró asombrado y, contestando en voz baja, dijo: "Aquí no ha habido magos. Vete a casa, muchacho, que ya estás soñando."

Yussuf regresó despacio y pensativo. ¿Entonces los tres hombres no habían sido magos y no le habían llevado nada al niño? ¿Serían demasiado pobres? No era fácil: el coche era muy fino. ¿Acaso no amaban al niño, y sólo habían venido por curiosidad, como tantos? ¡Estaría muy triste nuestro Salvador! Miriam ya estaba a la puerta, y al verle exclamó: "¿Voy?" Yussuf movió la cabeza, haciendo signos negativos. "Ya no están; no han llevado nada. No eran magos; han venido por curiosidad solamente, como todos los demás"—exclamó Yussuf todo desesperado—. "¡Ay!, qué triste estará el santo niño"—replicó Miriam en voz baja, saltándole las lágrimas a los ojos—. "Sí estará triste; nadie le quiere, pues nadie le trae nada, y yo soy demasiado pobre y nada tengo." Miriam se quedó mirando al hermano un momento. En seguida voló a la choza, volviendo inmediatamente con un frasquito pequeño. Llena de alegría exclamó: "Yussuf, aquí tengo un frasquito que me ha traído el tío de Damasco. Tiene unas gotas de aceite de rosa. El niño lo aceptará." "Eso nos servirá de incienso—contestó alegremente Yussuf—. Oro no tengo, pero he ahorrado tres piastras (pesetas); el niño lo aceptará por el oro que los magos no han traído." "Pero los de mi estampa también han traído mirra amarga"—replicó Miriam—. Yussuf dijo: "Pero nosotros no tenemos nada amargo; el niño ya se contentará con nuestro incienso y

nuestro oro." Pero Miriam no se daba por contenta. "El maestro ha dicho que también hace falta mirra, que es el arrepentimiento y el dolor que sentimos por nuestros pecados. Yussuf, ya sé algo amargo." Salió corriendo y volvió en seguida con un puñado de almendras amargas. "Son amargas; serán nuestra mirra"—dijo satisfecha.

Con trabajo los dos niños se abrieron camino hacia la cripta entre la muchedumbre. Por fin podían arrodillarse cerca del viejo sacerdote mirando con devoción a la estrella de plata y Yussuf oraba a media voz: Bendito niño, te queremos mucho; deseamos regalarte algo como señal de gratitud, porque has venido a nosotros. Pero somos pobres. No tenemos ni oro, ni incienso, ni mirra; pero te traemos lo que tenemos y te rogamos lo aceptes amorosamente. Si te dignas recibirlos también te regalaremos nuestros corazones." "Y el amargo arrepentimiento por nuestros pecados también te lo traemos"—añadió Miriam en voz baja—. En seguida depositaron sus pequeños dones: un pobre frasquito, tres malas pesetas y un puñado de almendras; pero sus ojos brillaban y sus corazones estaban llenos de gran gozo.

El viejo sacerdote, que los había oído y visto, dijo: "Señor, bendice a estos niños." Muchos extranjeros elegantes se extrañaban de las cosas que veían en el suelo junto a la estrella de plata. Cuando le preguntaban al sacerdote, éste, cada vez, alegremente contestaba: "Son tres regios dones, pues han sido ofrecidos por dos pobres pastorcillos llenos de gran amor al santo niño."

No despreciarás este don juvenil,  
si bien nada vale mi corazón vil;  
mas tu niño amado tú santo lo harás,  
uniéndolo al tuyo por siempre jamás.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50.

Librería Nacional y Extranjera. Caballero de Gracia, 60. Madrid.

CASTILLA.—Marqués de Urquijo, 10.—Tel. 40221